

“plenamente que no entiendo bien la lengua, no debería privarme de los medios de aprenderla. Tampoco ha hallado ningun papel contra el Estado, ni cosa alguna que pueda hacerme delincuente, de lo que Dios me libre.

“El señor comisario ha proporcionado á la parte contraria, contra la caridad, papeles que no están en regla.”

Segun todas las apariencias, trascurrieron diez y ocho meses sin que se pensara en aquel desventurado, pues el primer documento que se encuentra en la causa despues de la carta que acabamos de copiar, es otra del mayor de la Bastilla al superintendente de policía, redactada así:

“Tengo el honor de enviaros adjunto un paquete del señor Ponce de Leon, sacerdote portugués. Me parece que empieza á trastornarse el escaso juicio de ese preso, siendo notable que LAS NACIONES ESTRANGERAS NO SOPORTAN LA BASTILLA COMO NOSOTROS: la diferencia es considerable.”

M. de Sartine se tomó el trabajo de escribir al márgen: “No se devolverá la libertad á este preso.”

Parece sin embargo, que la salud del pobre sacerdote estaba en un estado tan deplorable, que el mayor de la Bastilla, llamado Chevalier, se sintió conmovido, y escribió el 10 de Mayo de 1771 al superintendente:

“Tengo el honor de informaros que el señor Ponce de Leon pierde la salud: su cabeza se debilita, y lleva siete ú ocho dias de no tomar casi ningun alimento. Por lo demas está muy sosegado, sin haber manifestado hasta ahora enojo ni cólera contra nadie. No sé como calificar su enfermedad, y ménos aún lo que convenga hacer para aliviarla: acaso desaparecerá. Dejo, señor, á vuestra prudencia y á vuestras luces que tomeis el partido mas juicioso; pero entiendo que el remedio es urgente, para evitar una escena trágica.”

Como Sartine no contestó á esta carta, el mayor Chevalier le escribió á los ocho dias:

“Tengo el honor de adjuntaros el parte de M. Lassaigue, que ha visto esta tarde á la una al abate Ponce de Leon, quien está en una situacion fatal, por haberse obstinado en no querer tomar casi nada, y aún ahora no quiere salir á respirar el aire ni á pasearse, bien que para lo último entiendo que le faltan las fuerzas. En suma, juzgo que necesitaria tener á su lado quien lo obligara á tomar algo, aun cuando no fuera mas que caldo, *pues nada tendria de extraño que se le encontrara una mañana muerto en su cuarto.* Por lo demas, opino que estaria mejor en Charenton, ó en otro establecimiento destinado á la curacion de esas enfermedades, en razon de que el preso da muestras de imbecilidad, y poco le falta para perder la chaveta.”

Adjunto á esta carta iba el parte siguiente del médico de cabecera del rey, llamado Lassaigue:

“La cachucha del Pozo está en mi concepto en un estado fatal é irremediable. La falta de alimento durante mas de quince dias, y probablemente los

“pesares, la han puesto en ese estado; y le es absolutamente indispensable el uso de caldos sustanciosos, para que no sucumba á la debilidad y á la consuncion en que se encuentra.”

La situacion del infeliz preso era tan deplorable, que seguramente se hubiera podido devolverle la libertad sin riesgo, aun cuando hubiera sido un hombre terrible. Pero en vez de devolvérsela, se le pasó á Charenton, donde se hallaba todavía el 14 de Julio de 1789, cuando el pueblo destruia esa Bastilla en que habian comenzado los sufrimientos del portugués.

Casi al mismo tiempo que á ese sacerdote se habia metido en ella á un honrado campesino de Champaña, llamado Pedro Cellier, que era á la vez viñador en el pueblo de Nesle, y procurador fiscal de su comunidad. Era al parecer de genio alegre, y empinaba bien el codo, no obstante ó tal vez á causa de sus sesenta y cinco inviernos que le habian encanecido el pelo. Vendia por lo comun parte de su cosecha á los benedictinos de Hautevillers, y con todo y ser procurador fiscal, le sucedia al debatir con los padres en el convento el precio de sus vinos, probarlos tan á menudo por vía de comparacion con otros, que solian acometerle vahidos. La cosa no parecia peligrosa; pero ¡ah! en aquel pícaro tiempo en todo habia peligro.

Un dia que Pedro Cellier despues de hacer su venta en el convento, acababa de probar sus vinos de muestra con los hermanos cocinero y despensero, la conversacion roló por desgracia sobre asuntos gubernativos.

—Por vida mia,—dijo el campesino,—hay que convenir en que los electores son bien duros con los pobres.

—Y lo peor,—contestó el hermano cocinero,—es que la gresca no lleva trazas de acabarse. Ojalá que á lo ménos no hubiera perdido la Francia al delfin grande, que amaba tanto á los desvalidos!

—Estás fresco!—replicó el hermano despensero.—Se puede acaso vivir en la corte, cuando se ama á los desvalidos? No, no es posible: sobran razones para no consentirlo.

Aquella no pasaba de charla de borrachos, que experimentan la necesidad de hablar algo, entre trago y trago, para no ahogarse. Pero sus palabras disonaron tanto á los oidos de la policía, que Pedro Cellier, que habia vendido su vino á los benedictinos el 15 de Octubre de 1769, fué aprehendido el 17 del mismo mes y metido en la Bastilla. Al siguiente dia se le tomó declaracion, y como no daba muestras de comprender lo que se le preguntaba, se le recordó su última visita al convento de Hautevillers.

—Ah! ya entiendo de lo que se trata,—dijo entónces.—El farsante del hermano Le Court, fué quien habló del delfin grande.

—Parece que no fuisteis sino vos quien habló del difunto monseñor el delfino.

—Mal podia yo hablar de él, cuando ni siquiera habia llegado á mi noticia su ecsistencia.

—Qué mentira tan desvergonzada en boca de un procurador fiscal!

—Y qué tenemos con eso? . . . Si soy procurador fiscal, es porque me nombraron procurador fiscal: lo que yo soy en sustancia es viñador de Nesle, en Champaña, y nada mas. Si pues me ha inducido en error el hermano Le Court con su delfin grande, el diablo cargue con los dos, y déjese a mí volver á mis viñas.

No se dejó al procurador fiscal volver á sus viñas; pero sí se aprehendió al hermano Le Court, y se careó á ambos personages, haciéndoles mil y mil preguntas por espacio de dos años enteros, al cabo de los cuales fué puesto el benedictino en libertad, mientras al desgraciado Pedro Cellier se le conducía á Bicêtre, donde hubiera muerto de desesperacion, si una dama del gran tono, la señora presidenta de La Forcelle, no se hubiera interesado por el buen viejo. Cellier volvió, pues, á sus viñas, despues de otros dos años de duro cautiverio; y aunque se quiso devolverle su empleo de procurador fiscal, no hubo forma de que lo admitiera. « Bastante pesada es de suyo, » decia, « la carga de súbdito del rey de Francia: no la hagamos mas aún. »

No cabe duda en que la Francia, lo mismo que cincuenta años ántes, gemia bajo el mas intolerable despotismo; pero el lector habrá observado como nosotros, que el trascurso del tiempo sometía por sí solo al poder absoluto á importantes modificaciones. Al aprehender á las gentes se les decia ya por qué, lo cual no se verificaba años ántes. Verdad es que siempre se podía hacer morir al hombre mas honrado del mundo en un calabozo de la Bastilla ó en una jaula de Bicêtre ó Charenton; pero no se consumaban tales atentados con tanta facilidad como ántes.

La Bastilla era ya por consiguiente mucho ménos temible. Batido en brecha por la filosofía, el poder absoluto comenzaba á amenazar ruina: el viejo mundo tocaba á un principio de renovacion. Sin embargo, el despotismo ministerial se conservaba en pié: las órdenes secretas de prision seguian teniendo fuerza de ley; y el duque de Aiguillon, que habia sucedido á Choiseul en el ministerio de relaciones exteriores, hacia de esas órdenes un consumo tan considerable como su antecesor. Uno de los primeros pensionistas que esa hechura de la du Barry envió á la Bastilla, fué un jóven coronel destinado á ganar fama en lo sucesivo. Hablamos de Dumouriez, que ya en esa época habia comenzado á tomar parte en los negocios del país.

Nacido en Cambray en 1739, y terminada con fruto su carrera escolar, entró Dumouriez en clase de alférez en el regimiento de caballería de Escars, en 1757. Como desde luego se distinguió en varios lances, se le nombró capitán en 1761, y á poco se retiró del servicio, á la edad de veintitres años, con veintidos heridas en el cuerpo, y hecho caballero de San Luis. El deseo de instruirse no tardó en impulsarlo á emprender diferentes viages para estudiar los usos y costumbres de los pueblos. Fué primero á Génova, y de allí pasó á Córcega, en la época en que el intrépido Paoli combatía por sacudir el yugo de los genoveses.

Metido en varias intrigas, de las que ninguna le salió bien, presentó al ministe-

rio, á su á vuelta Francia, diferentes planes para la reduccion de la Córcega. Al principio no se les admitió; pero dos años despues fueron tomados en consideracion, y Dumouriez empleado en el estado mayor del ejército. En 1768 se le confirió el empleo de segundo aposentador en el ejército destinado á la conquista de la Córcega, despues de dos campañas en que dió pruebas de valor y de gran habilidad. En 1771 se le envió á Polonia, y si no pudo impedir la desmembracion de aquel desventurado país, desplegó mucho talento diplomático, de lo cual se acordó dos años adelante el ministro de la guerra Monteynard, cuando quiso enviar un negociador diestro á Suecia, país en que acababa de estallar una revolucion.

Todavía en esa época no habia logrado el duque de Aiguillon derribar á Monteynard, hombre de gran capacidad, que tenia la desgracia de desagradar á la favorita, y de quien Luis XV, que conocia su mérito, decia:

—Preciso es que caiga, puesto que solo yo lo sostengo.

Monteynard propuso al rey enviar á Suecia á Dumouriez, que era entonces coronel, y se lo presentó.

—Que parta,—dijo el débil monarca;—pero que no lo sepa Aiguillon. Estará en correspondencia directa con vos, Monteynard, y no se hablará de sus comunicaciones en el consejo.

Esa cobardía del rey, ese miedo que tenia al favorito de su querida, y que ni siquiera ocultaba por vergüenza, indignaron al jóven coronel al extremo de que poco le faltó para renunciar la mision. El marques de Monteynard consiguió, no sin trabajo, hacerlo cambiar de opinion, y Dumouriez partió para Hamburgo, donde debia esperar instrucciones; pero apenas habia llegado á aquella ciudad, cuando cayó Monteynard, y descubrió el secreto d'Aiguillon, de manera que, en vez de instrucciones, recibió el coronel la visita de un inspector de policía y del enviado de Francia en Hamburgo, los cuales le declararon que lo aprehendian en nombre del rey.

—Os equivocais,—les respondió,—me aprehendeis en nombre del duque de Aiguillon. Estamos aquí en una ciudad libre, y si se me antojara no salir de ella, fácilmente os haria arrepentir del villano oficio que ejercéis; pero maldito el miedo que tengo á ese intrigante, que se cree un grande hombre porque su tío se llamaba el cardenal de Richelieu; y como no me ha de pesar verlo de cerca, nos pondremos en camino cuando gustéis.

Llevado á Paris, se le metió en la Bastilla, en la que entró el 28 de Octubre de 1773 á las nueve de la noche. Se le registró con escrupulosidad y se le quitaron hasta las hebillas de los zapatos, so pretesto de que hacia poco que un preso habia intentado degollarse con las puntas de otras iguales.

—Imbécil!—dijo el coronel:—por qué no se valia de un cuchillo?

—Por la sencilla razon,—respondió el mayor,—de que en la Bastilla comen sin cuchillo los presos.

—Yo espero, sin embargo, que no me lo rehusaréis, pues tengo hambre, quiero cenar, y no me agrada tainchar un pollo con los dedos.

—Caballero, es ya tan tarde....

—Razon de mas para apresuraros. Escuchad: miéntras sea pensionista vuestro, no pediré gollerías; pero os advierto que si mi voluntad no está en armonía con la vuestra, la mia será la que se obsequie. Ahora haced que me lleven á mi cuarto y que me den de cenar.

El mayor, que no estaba acostumbrado à tratar con hombres de ese temple, se quedó de pronto mudo de sorpresa, y pasó en seguida à ver al gobernador Jumilhac de Cobsac, para decirle qué casta de pájaro era el que le acababan de llevar.

—Lo esperaba,—contestó el gobernador.

En efecto, temiendo Luis XV que Dumouriez sostuviera que no habia hecho mas que obrar por orden suya, habia mandado decir á Jumilhac que lo tratase con el mayor esmero, que no lo irritara, y que le insinuara que el rey no echaria en olvido su adhesion.

—Os cabe en el juicio, señor conde, que me haya pedido de cenar como si se hubiera dirigido à un criado de fonda!

—Pues bien, mayor, hay que complacerlo.

—Cómo, á estas horas!

—Sí, á estas horas.

—Tiene ademas la pretension de comer con cuchillo y tenedor.

—Pues que se le den tenedor y cuchillo.

—Y me ha declarado que cuantas veces estén en oposicion nuestras voluntades, la mia tendrá que ceder.

—Así habrá que hacerlo en lo posible.

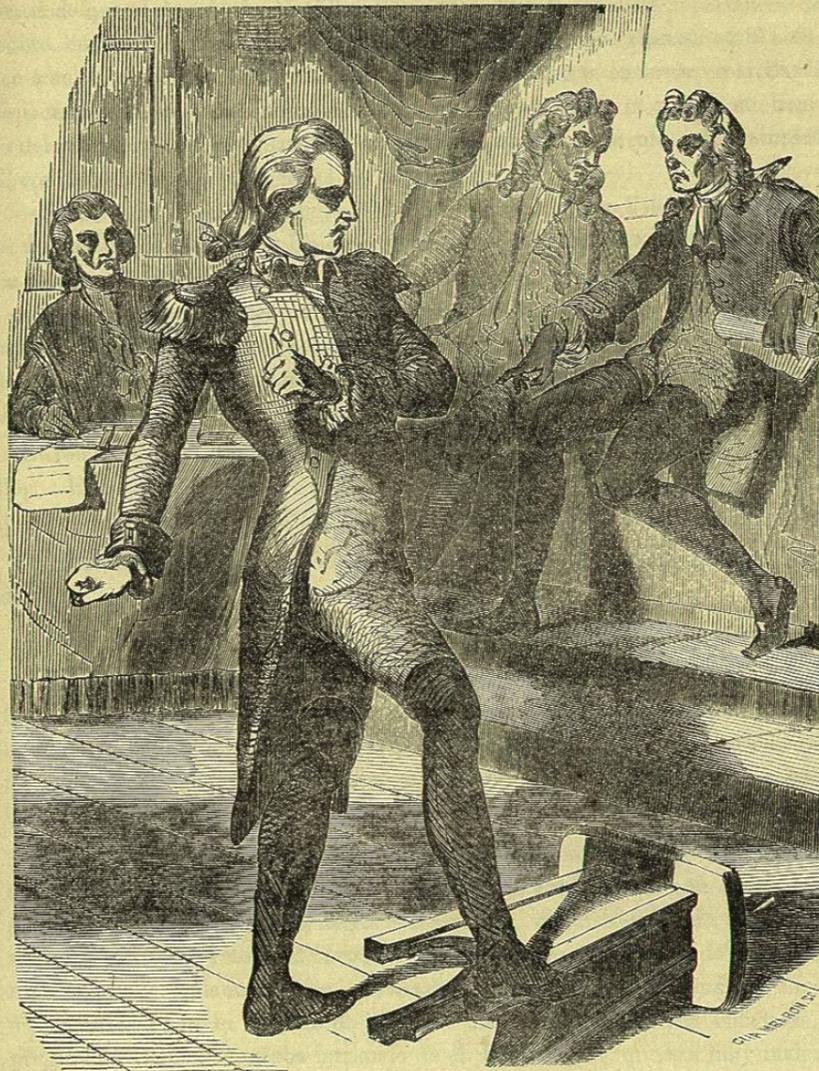
El mayor estaba atolondrado: aquello le parecia un sueño: dijo para sí que los bellos días de la Bastilla habian pasado para siempre, y poco le faltó para desesperarse. Obedeció empero à las órdenes del gobernador, aunque proponiéndose no ver mas que para lo muy preciso al preso que así se burlaba de su autoridad.

Ocho días pasaron, durante los cuales recibió Dumouriez varias visitas del gobernador. El octavo día le dijo Jumilhac:

—Mañana os van á tomar declaracion. El señor marques de Monteynard nada tiene que temer de lo que digais, puesto que ya cayó; pero ecsiste otra persona á la que debeis guardar consideraciones.

—Gracias, caballero, ya os entiendo, y puedo aseguraros que la persona de que hablais, nunca tendrá que quejarse de mí. Estoy acostumbrado á no decir ni hacer sino lo que quiero, y no faltaré á mi propósito.

Al dia siguiente en efecto se condujo á Dumouriez á la sala del consejo, donde se encontraban los dos consejeros de Estado Sartine y Marville y un relator, comisarios nombrados para formarle causa. Luego que entró, el relator le señaló con el dedo el banquillo en que se sentaban los presos à quienes se interro-



gaba. El coronel contestó á esta orden muda con una mirada llena de altivez, dió con desden un puntapié al banquillo, y fué á sentarse con la mayor calma en un sillón enfrente de los comisarios.

El interrogatorio fué largo. Se queria que revelara Dumouriez las instrucciones que habia recibido, á fin de poder acusar á los ex-ministros de traicion, en virtud de que el duque de Aiguillon habia resuelto dar mucha importancia al asunto, en la firme persuasion de que haciendo caer algunas cabezas, seria idéntico á su tío abuelo. Habia, pues, mandado aprehender y encerrar en la Bastilla á cuantos se suponía que habian mostrado decision para la guerra en tiempo del ministerio anterior, para dar al asunto el carácter de un gran complot. El coronel consiguió eludir todas las preguntas.

—No cabe duda, sin embargo,—le dijo el relator, llamado Villevaux,—en que los duques de Choiseul y de Broglie deseaban la guerra: en que tambien la queria el duque de Monteynard; y en que vos érais paniaguado suyo.

—Me rijo por mí mismo,—respondió Dumouriez,—y no soy paniaguado de nadie. No me corresponde ocuparme en lo que han querido ó dejado de querer las personas que acabais de nombrar. Habladme, pues, de lo que me concierne, si pretendéis que conteste categóricamente.

El relator se escaltó y le intimó que dijese si era enemigo del duque de Aiguillon. El coronel declaró que no responderia á esta pregunta, sino en caso de que la pusiera por escrito el escribano, lo que acabó de enfurecer á Villevaux.

—El escribano no escribirá mas que lo que se nos antoje,—esclamó fuera de sí.

—Pues yo ecsijo que escriba todo ó nada, y no desistiré de mi propósito.

Hubo que ceder y se escribió la pregunta. Entonces dió Dumouriez una larga respuesta, en la que se desató contra los actos del duque de Aiguillon como lo merecian, y dijo al concluir que tenia la esperanza de que se enseñara su contestacion al rey. Los comisarios que conocieron que nada obtendrian de aquel hombre, no lo siguieron interrogando sino por fórmula.

Entre tanto el tiempo pasaba, y Dumouriez se encontraba muy disgustado en uno de los cuartos mas grandes de la Torre de la Libertad en que se le habia puesto. Se estaba en lo mas fuerte del invierno, varios vidrios de una de las ventanas se habian roto, y el coronel habia pedido con repeticion que se repusieran. El llavero, llamado Belu, contestaba siempre, que se iba á mandar llamar á un vidriero, pero el vidriero no llegaba. El coronel acabó por enfadarse, y preguntó á Belu si se estaba burlando de él. El carcelero, que era muy malcriado, le respondió que hacian mal en tratarlo con tantos miramientos, porque daban lugar á que se volviera ecsigente.

—Creo,—le dijo Dumouriez,—que estais borracho.

—Tanto como tú,—contesta Belu furioso.